



Malone, H. J. (Coord.) (2016). *El rumbo de la transformación educativa. Temas, retos globales y lecciones sobre la reforma estructural*. México: Fondo de Cultura Económica. ISBN: 978-607-16-4448-0.

El cambio educativo es una preocupación añeja. Viejos problemas enfrentan hoy nuevos desafíos, emanados éstos de un contexto sociopolítico y cultural complejo y acompañados de perspectivas más frescas, inclusivas y multidisciplinarias. Helen Janc Malone coordina una obra que aglutina 25 colaboraciones reunidas en cinco apartados: nuevos retos de la reforma educativa, mejoramiento de la docencia, equidad y justicia educativa, sistemas de evaluación y rendición de cuentas, y cambio estructural.

Las colaboraciones incluyen la visión de 15 autores que recuperan la experiencia teórico-práctica de su trabajo en seis continentes. En este sentido, como afirma Michael Fullan en el prólogo, el libro es “una gira mundial de ideas sobre la reforma educativa [...] ideas sobre motivación y cambios a gran escala” (p. 14). Estos últimos, expresa Malone, implican “una tarea multifacética, política e incierta” (p. 16).

*El rumbo de la transformación educativa* es un libro traducido al español por Marcela Pimentel y publicado por el Fondo de Cultura Económica. En la primera parte de la obra se advierte que “el cambio educativo es tanto un proceso como un conjunto de prácticas que informan, reforman y rediseñan sistemas educativos” (p. 21). Andreas Schleicher reconoce que el Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos (PISA) de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) ha detonado análisis y estudios orientados al diseño de políticas educativas que, bien operadas, inciden en la transformación de prácticas, siempre y cuando prevalezca la voluntad política.

Andy Hargreaves expresa su rechazo a la idea de teletransportar el sistema educativo de un país a otro, desconociendo con ello el contexto, la cultura, historia y prácticas educativas que emergen de ellos. Para él, si una persona o institución desean mejorar, deben “aprender de alguien más eficaz” (p. 30). En este sentido, su apuesta por la evaluación comparativa parte de la convicción de que la reforma educativa obliga a las instituciones a ampliar sus “círculos de aprendizaje e influencia” (p. 35).

Yong Zhao, por su parte, advierte sobre la paradójica intención de China por americanizar su sistema educativo; y de Estados Unidos de Norteamérica por reformar el suyo haciéndolo más chino. Con fines similares pero diferentes apuestas, ambos

países intentan incrementar el talento de sus estudiantes, pero se enfrentan a la difícil decisión de seguir optando por pruebas estandarizadas o brindar mayor autonomía a docentes y escuelas, recuperando con esto las necesidades psicosociales, culturales, morales y emocionales de la población educativa.

Al hablar de la necesidad de una enseñanza inteligente con tecnología, Dennis Shirley reconoce que ésta, alguna vez concebida como panacea de los problemas educativos, hoy “ha perdido su inocencia y novedad” (p. 43). Bajo su óptica es necesario cuestionar la tecnología al reconocer “su naturaleza distractora y adictiva” (p. 46); proteger a los niños de su influencia negativa y, no obstante, potenciar las ventajas que presenta para mejorar el aprendizaje, la cognición y la puesta en marcha de proyectos sociales y ambientales.

Helen Janc Malone, al reflexionar sobre cómo se ha venido ampliando el discurso sobre el cambio educativo, es enfática al señalar que una política educativa exógena y vertical no sólo es insensible sino insensata. Para ella, “la instrucción práctica efectiva se fomenta principalmente a través de esfuerzos profesionales que hacen énfasis en la mejora y la revisión continua, la investigación colectiva, el análisis crítico de problemas y la generación de soluciones innovadoras” (p. 52). Sin embargo, como reconoce Louise Stoll, es sumamente difícil mejorar la docencia; sobre todo si consideramos que ésta no sólo implica hacer las cosas mejor de lo que las hemos venido haciendo, sino hacerlas de maneras distintas. Por ello opta por la investigación colaborativa y el aprendizaje social; y defiende un liderazgo creativo en las instituciones. Sólo éste puede reconocer la importancia de poner a prueba nuevas maneras de concebir y hacer educación.

A pesar de ello, el diseño de nuevas prácticas escolares se topa, como reconoce James P. Spillane, con un “entorno empobrecido, desorganizado e inestable al que llamamos sistema educativo” (p. 69). En éste se exige, inevitablemente, atender la formación de los profesores para mejorar la calidad de la enseñanza e incrementar, así, el rendimiento de los estudiantes. Parece obvio: *no podemos tener mejores estudiantes si no tenemos antes mejores maestros*; pero esto no basta, se precisa también un liderazgo que distribuya responsabilidades, una capacidad de gestión que resquebraje rutinas y vicios institucionales, y una administración eficaz que ponga en operaciones prácticas alternativas que mejoren los centros escolares.

La mejora de la enseñanza, sugiere por su parte Stephen E. Anderson, puede darse impulsando el enfoque de implantación de prácticas o programas, o bien el que promueve la conformación de comunidades profesionales de aprendizaje. El primero “insiste en la tendencia actual de identificar y difundir las mejores prácticas” (p. 78); el segundo, vuelve el estudio de la enseñanza parte de la cultura profesional y el mejoramiento de la docencia una rutina, pues

“se basa en la capacidad de los profesores y en las oportunidades que les brindan las escuelas para analizar colectivamente las necesidades de aprendizaje los estudiantes,

crear o seleccionar intervenciones institucionales para satisfacer esas necesidades, aplicar las intervenciones y evaluar los resultados periódicamente” (p. 80).

Construir una comunidad profesional, sugiere Ann Lieberman, envuelve la capacidad de hacer observaciones constructivas, aprender de los colegas y trabajar en colectivo para afrontar problemas y mejorar la labor docente. Si, además, como recomienda Gabriel Cámara al analizar el sistema educativo mexicano, los maestros involucran a los estudiantes y emplean la tutoría para superar un sistema escolar que se caracteriza todavía por su impersonalidad, es posible organizar comunidades de aprendizaje en la que los propios educandos regulen su aprendizaje y potencien el de sus compañeros, impulsando con ello la autonomía y el autodidactismo.

Por lo que compete al aprendizaje de los estudiantes en las escuelas, Mel Ainscow invita a identificar los factores intraescolares, interescolares y extraescolares que influyen, condicionan y, en algunos casos, determinan las experiencias educativas. Desde su perspectiva, “en el aprendizaje de los estudiantes no sólo influye lo que ocurre dentro del salón de clases y en la escuela, sino también las circunstancias demográficas y ambientales” (p. 104). Su propuesta de una *ecología de la equidad* es un exhorto a considerar estos aspectos orgánicamente.

Como resulta fácil deducir, las experiencias educativas no pueden sustraerse de factores sistémicos, como apunta bien Amanda Datnow. Temas como equidad, justicia social, cambio educativo y mejoramiento escolar no deben alejarse de otros como pobreza, desigualdad y marginación; antes bien, requieren el concurso de estudiosos cuyas investigaciones se traduzcan en políticas educativas concretas, esto es, en decisiones y acciones particulares para atender los problemas identificados.

Esto último entraña romper con una postura acrítica, como afirma Sherry L. Dekman. Sólo con diálogo, análisis, discusión y reflexión, es posible construir una escuela más equitativa, incluyente y justa. No obstante, se pregunta por su parte Jonathan D. Jansen respecto a la realidad que enfrenta el sistema educativo sudafricano, “cómo crear planteles que sean al mismo tiempo excelentes (educación de calidad) y equitativos (abiertos a todos)” (p. 124). Sin duda, es ésta una pregunta que aún exige respuestas...

Para asegurar la justicia educativa, es decir, para garantizar el derecho de ingresar, permanecer y concluir un trayecto formativo, Silvana Gvirtz y Esteban Torre proporcionan valiosa información respecto a la educación latinoamericana y su evolución; sobre los desafíos que aún tiene presentes y las iniciativas de inclusión que, como en el caso de Argentina que opera el Programa Conectar Igualdad, que se valen de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) como herramientas para promover la justicia educativa.

Nuevas pedagogías, esto es, nuevas formas de entender la educación se operan en el mundo. Lo que no significa que lo hagan sin dificultad y enormes resistencias.

Patrick Griffin relata que aún priva “una cultura arraigada en la tradición” (p. 149). Con todo, emergen experiencias de aprendizaje que “consisten en oficios, servicios comunitarios, educación moral y cívica y actividades recreativas” (p. 146). También una tendencia en aumento que advierte el sentido formativo de los datos arrojados en las evaluaciones, el impulso a una educación (y evaluación) diferenciada y la defensa de la innovación en lo que a estrategias de enseñanza se refiere.

Elena Lenskaya, al estudiar el sistema de aseguramiento de calidad operado en Rusia, identifica cambios relevantes en el sistema soviético de educación. Uno de ellos, señala, es la adopción desde 2001 de un Examen de Estado Unificado (EEU); una prueba estandarizada con la que se buscó hacer menos opaco el ingreso de los estudiantes a las universidades, comparar la calidad de los centros de enseñanza y operar otras evaluaciones en la educación obligatoria para garantizar la transparencia y afianzar la calidad de la educación.

Madhav Chavan y Rukmini Banerji, al estudiar la situación de la India, sostienen que es un acierto utilizar la evaluación para la acción y la rendición de cuentas. Bajo su óptima, es más importante priorizar en educación los resultados que el gasto que ésta envuelve. Por ello aseguran que

“se necesita el establecimiento de metas claras y una coordinación de políticas que [concentre] sus acciones en los salones de clase para avanzar del acceso universal a las escuelas al aprendizaje para todos. [En este sentido, precisan,] las escuelas deben dejar de estar aisladas de sus comunidades” (p. 161).

La rendición de cuentas, sentencia Lorna Earl, se ha convertido en “la consigna de la educación” (p. 163). Pero aquella no debe ser sólo proclama sino responsabilidad y obligación de personas e instituciones. Sólo la rendición de cuentas permitirá advertir la calidad del proceso educativo, al considerar desde luego su eficacia, eficiencia, pertinencia, equidad y relevancia.

Todos estos conceptos conducen a pensar la educación sistémicamente. Alma Harris expresa que el verdadero reto para transformar un sistema educativo se centra en “incorporar aquello que realmente funciona” (p. 178). Para ella, no hay lugar ni tiempo para modas efímeras; se requiere involucrar a los docentes y hacer prevalecer el desarrollo de sus conocimientos, aptitudes y capacidades. En su interpretación, sólo la práctica colectiva incide en el mejoramiento del profesorado; y la transformación educativa, únicamente podrá conseguirse si ponemos a los maestros al centro.

María Helena Guimarães de Castro, al abortar la realidad brasileña, presenta el estado actual de la educación y reconoce que todavía prevalecen en su país problemas relacionados con el ingreso, la permanencia y la eficiencia terminal. Para ella, la mejora de la enseñanza en Brasil no sólo tiene que ver con lo que el Estado invierte en ella, sino con una mejor administración de los recursos, la simplifica-

ción de planes de estudio, las alternativas de desarrollo profesional y la calidad de directivos y docentes.

Pak Tee Ng, en la parte final del libro, identifica las fases por las que atravesó el sistema educativo de Singapur, a saber: estandarización, rendición de cuentas local y diversidad e innovación. En esta última etapa, aún en marcha, el reclutamiento de docentes y directivos es riguroso; y el modelo de aprendizaje busca equilibrar en los estudiantes la adquisición de conocimientos con el desarrollo de habilidades y valores, acrecentar su autonomía, integrar la TIC al proceso educativo y suscitar intercambios profesionales.

Esta exigencia en la incorporación de docentes también caracteriza la educación finlandesa. Pasi Sahlberg relata cómo en este país la docencia es una profesión atractiva y cómo

“todos los sistemas educativos de alto rendimiento han diseñado la arquitectura de sus reformas a partir de estrategias sistémicas que dependen de una mayor equidad en la educación, la mejora profesional colectiva e institucional, y han potenciado la enseñanza y el aprendizaje de las escuelas” (p. 197).

A manera de conclusión, Helen Janc Malone advierte que aventurar el cambio es difícil pero viable. Que únicamente cuando estamos comprometidos con él lo ponemos en marcha, pues sólo buscamos avanzar cuando sentimos de manera efectiva la necesidad y la urgencia de transformar una realidad que no nos cuadra. Así, si la educación *que es* no empata con la que *debería ser*, es preciso buscar con esperanza un sueño que nos mueva a la pensar y operar una educación alternativa.

*Germán Iván Martínez-Gómez*

Escuela Normal de Tenancingo, México